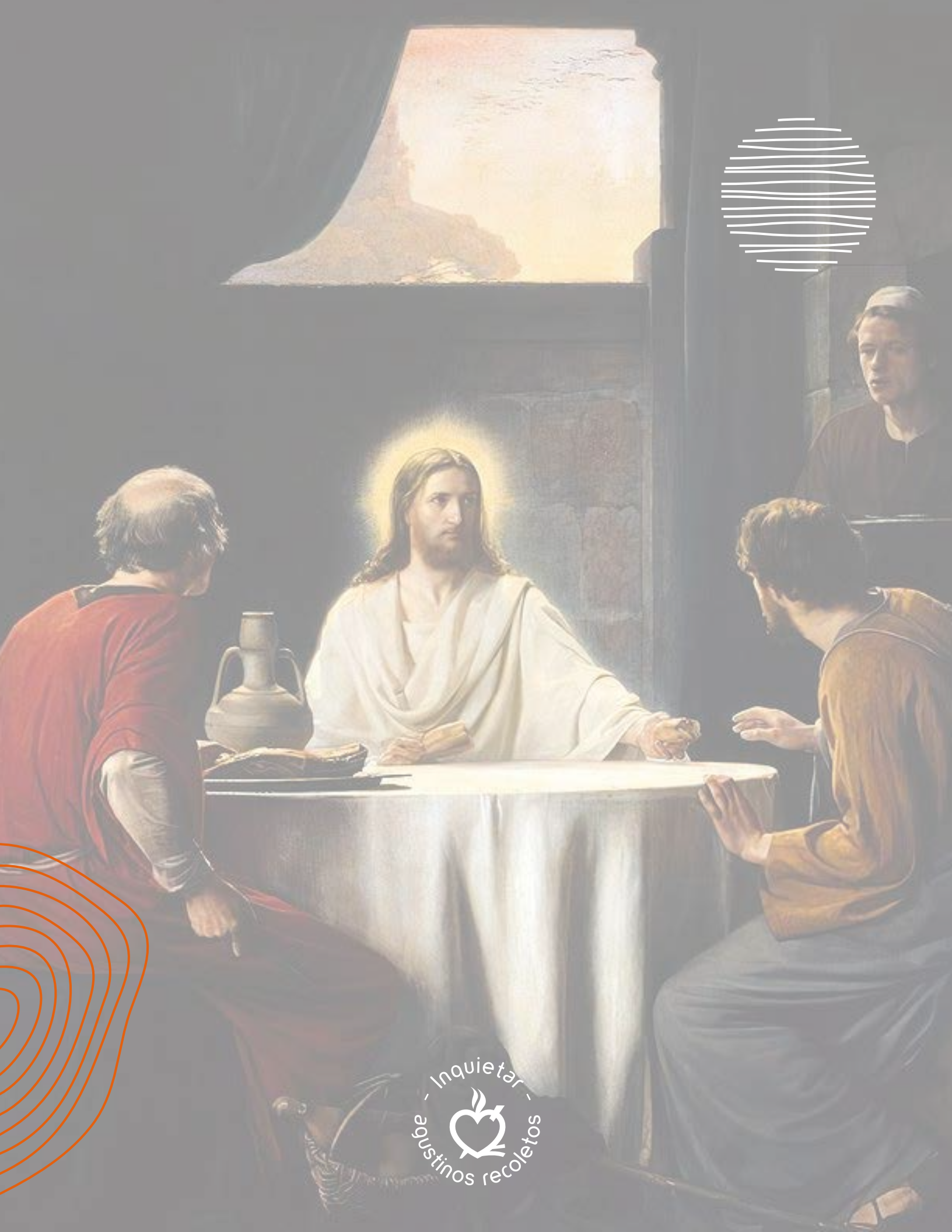


ORA CON
NOSOTROS

L
E C
D I S C Í P U L O S
D E F E M A Ú S
I O







ORACIÓN

“Ven, Espíritu Santo, y desde el cielo envía un rayo de tu luz. Ven, padre de los pobres; ven dador de las gracias; ven, luz de los corazones. Consolador óptimo, dulce huésped del alma, dulce refrigerio. Descanso en el trabajo, en el ardor tranquilidad, consuelo en el llanto. ¡Oh luz santísima!, llena lo más íntimo de los corazones de tus fieles. Sin tu ayuda nada hay en el hombre, nada que sea inocente. Lava lo que está manchado, riega lo que es árido, cura lo que está enfermo. Dobleaga lo que es rígido, calienta lo que es frío, dirige lo que está extraviado. Concede a tus fieles que en ti confían tus siete sagrados dones. Dales el mérito de la virtud, dales el puerto de la salvación, dales el eterno gozo.”

(Stephen Langton).

Amén



TEXTO BÍBLICO

(LUCAS 24,13-35)



Aquel mismo día, dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante a unas dos leguas de Jerusalén. Iban comentando todo lo sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos. Pero ellos tenían los ojos incapacitados para reconocerlo.

Él les preguntó:

- ¿Qué conversación es esa que traen por el camino?

Ellos se detuvieron con semblante afligido y asombro, y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo:

- ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que desconoce lo que ha sucedido allí estos días?

Jesús preguntó:

- ¿Qué cosa?

Le contestaron:

- Lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ¡Nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel!, pero ya hace tres días que sucedió todo esto. Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos han alarmado; ellas fueron de madrugada al sepulcro, y al no encontrar el cadáver, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles asegurándoles que él está vivo. También algunos de los nuestros

fueron al sepulcro y encontraron todo como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron.

Jesús les dijo:

- ¡Qué necios y torpes para creer cuanto dijeron los profetas! ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él.

Se acercaban a la aldea adonde se dirigían, y él fingió seguir adelante.

Pero ellos le insistieron:

- Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día va de caída. Entró para quedarse con ellos; y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron.

Pero él desapareció de su vista.

Se dijeron uno al otro:

- ¿No ardía nuestro corazón mientras nos “hablaba por el camino” y nos explicaba las Escrituras?

Al punto se levantaron, volvieron a Jerusalén y encontraron a los once con los demás compañeros, que decían:

- Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

LECTIO

¿QUÉ DICE EL TEXTO?



En este pasaje se plantea una conversación entre Cleofás y un discípulo anónimo. El compañero de Cleofás es un personaje anónimo, sin nombre, para poder identificarse con cualquiera de nosotros. Iba tan decepcionado como su condiscípulo, tan roto por dentro como él. E iban dialogando, pero sin comunicar nada relevante. Tal vez en un diálogo que era más bien un monólogo: más un desahogo que una conversación útil con objetivos claros. Preguntas dirigidas al otro que en el fondo me las dirijo a mí mismo. Frustraciones que comunico, no tanto para que otro las conozca, sino para sacarlas de mis adentros. Iban por el camino, seguramente un sendero conocido, un camino ya hecho, tal vez sinuoso; huían de Jerusalén...


- ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Por qué nos ha engañado? Lo dejamos todo para seguirle y al final todo fue un fiasco, una ilusión más sin consecuencias. Se nos agotaron dentro las utopías, las esperanzas, los entusiasmos, las expectativas. La fe se hizo añicos para dar paso al vacío de la cruda realidad sin visos de legitimidad ni sentido. ¡Era un impostor! Por eso nos vamos de Jerusalén, de la vida, del compromiso, del proyecto ilusionante del Evangelio. ¿Cómo renovar ahora el amor primero? ¿Cómo creer desde la cruz y el fracaso? El camino hacia Emaús es el camino hacia la nada, hacia un baño de frustración, hacia el punto final de una esperanza...



MEDITATIO

¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?





Jesús sabe sorprender. Se presenta como un intruso posiblemente para escapar de la trampa de nuestras expectativas fallidas; así suele intervenir en nuestra historia para ofrecernos otro ángulo de interpretación de los acontecimientos. Pareciera que cuánto más se procura la soledad evasiva y un diálogo de sordos entre compañeros peregrino, aparece alguien de improviso, inesperado, incluso desconocido. Alguien que se nos cuela en la conversación. Y comienza a hacer el mismo camino hacia Emaús con nosotros.

Si pudiéramos acceder a al diálogo interno del discípulo Cleofás, lo más probable es que se estaría preguntando ¿quién es este “intruso” que irrumpe entre nosotros? ¿Quién le dio vela en este entierro? Yo no lo conozco, ¿por qué nos habla? ¿por qué nos acompaña? Ante el nerviosismo por la poca familiaridad con aquel peregrino anónimo que comenzó a recorrer el camino con ellos, se vuelve al tema de conversación, ¿de qué vienen hablando? Y Cleofás hace la pregunta: ¿eres el único en Jerusalén que no sabe lo que ha ocurrido?”. ¿Qué?, pregunta el nuevo acompañante. Respuesta: “lo de Jesús de Nazaret”, en quien habíamos puesto las esperanzas, pero nos ha decepcionado. El peregrino inoportuno se atreve a explicarles y a interpretar los hechos, y ayuda a darle un sentido a lo que ronda en el corazón y en la mente de los discípulos fugitivos. Y, ¡oh sorpresa!, el peregrino anónimo que los acompaña es alguien que los conoce de algún modo, es alguien que sabe sus preguntas íntimas y las responde sin apenas ellos saber cómo formularlas. Es alguien que les “enciende el corazón”. Y los discípulos lo escuchan con entusiasmo y, al mismo tiempo, con recelo, pues aún les embarga la tristeza y están sobrecogidos por los últimos acontecimientos. Sin embargo, es un diálogo que abre nuevos horizontes. Por qué no invitarlo “a que se quede con nosotros... el día declina y la noche ya está cerca”, y el camino pasa por Emaús...

ORATIO

¿QUÉ LE DIGO?



El sendero tortuoso de la frustración y el fracaso se detiene en una ínfima aldea. El diálogo entre los discípulos peregrinos se ha dejado de lado. Aquella conversación con el peregrino anónimo calentó el corazón de los discípulos, pues “por el camino les explicó las Escrituras y todo lo referente a los profetas sobre el Mesías”. Ahora es tiempo de reparar fuerzas después del largo viaje; es la hora de la comida. En Emaús, a dos leguas de Jerusalén y mucho más de Galilea, “el peregrino se recuesta a la mesa con los discípulos sorprendidos y desconcertados”.

¡Qué familiar me resulta el caminante compañero de viaje! Algo extraño renace en mi interior. Tiene lugar la experiencia del encuentro; por la Palabra se entra en una comunión profunda que rompe las barreras del anonimato; ahí cada quien tiene una historia, un nombre. ¿Señor, me conoces? ¿nos conocemos?, me pregunto en silencio. Hay algo en él... que me atrae y me conmueve. Es tan humano, tan hermano, como solo lo era el crucificado que fracasó en el Gólgota, nuestra esperanza claudicada, escupida, perdida. Ahora, ha partido el pan, ¡es él! ¡solo puede ser él! Ahora entiendo, ha fraccionado la muerte y el fracaso, el dolor y el misterio del mal. El susto que nos dieron las mujeres anunciándonos un baile celestial de ángeles y la resurrección de Jesús, tenía fundamento. No eran chismes ni murmuraciones. Tenía razón el peregrino inesperado del camino: “hemos sido muy torpes y lentos para creer”. Olvidamos que solo por la cruz se llega a la vida. Por fin, se nos han abierto los ojos y se nos ha hecho grande el corazón.





CONTEMPLATIO

¿A QUÉ ME INVITA DIOS?

“Se levantaron al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros”.

¡Qué distinto este viaje de vuelta a casa!, ahora vamos con el corazón “en ascuas”, como cuando nos hablaba por el camino. Solo él podía partir el pan de esa forma, solo él rompe y separa la vida de la muerte, para lanzarnos a la vida en plenitud. Hay que comunicárselo a los amigos, a las gentes, dar la razón a Simón, a Juan, a las mujeres, explicárselo a Tomás para que crea... Emaús no fue el final de camino, tampoco lo es Jerusalén. Hay que volver a Galilea, “ahí donde empezó todo”; “ahí vuelve a arder el primer amor”.



